



## CAPÍTULO DUODÉCIMO

La sexta coalición.—Leipzig.

**D**ESPUÉS de abandonar los restos del Gran Ejército, Napoleón atravesó de incógnito los territorios de Polonia y Prusia, entrando en las Tullerías el diez y ocho de Diciembre. En París se tenía ya noticia de la catástrofe por el famoso boletín vigésimonono, de que hemos hablado en el capítulo anterior. El día veinte recibió al Senado y al Consejo de Estado, que agotaron el vocabulario de la adulación, atanosos de desarrugar el entrecejo del irascible déspota. El presidente del Senado declaró que el alto Cuerpo en cuyo nombre hablaba, instituido para conservar la dinastía napoleónica, estaba resuelto á morir por ella, y el orador que llevara la voz del Consejo de Estado, sobrepujando á aquél en servilismo, dijo que había «en los crecientes infortunios algo que le transportaba de gozo y admiración, era el desenvolvimiento prodigioso del augusto carácter del Emperador, que nunca se había mostrado más grande que en medio de aquellas pasajeras pruebas.....», cuando precisamente, en la retirada de Rusia, Napoleón estuvo muy por bajo de sí mismo, excediéndole á menudo en fortaleza y sangre fría sus mariscales, especialmente, Davout y Ney. El Emperador se manifestó satisfecho de las repugnantes lisonjas con que procuraban contentarle y, haciéndose cargo de las enfáticas protestas de amor á su dinastía, ponderó las ventajas y beneficios del régimen hereditario, concluyendo por achacar todas las desgracias de Francia á los ideólogos ó metafísicos. Esta salida, que en circunstancias menos graves habría parecido una verdadera bufonada, es probable que respondiese á los

temores del usurpador, de ver resucitar el espíritu liberal y democrático con el relajamiento de su poder.

Porque las pompas oficiales de las Tullerías distaban mucho de reflejar el estado de la opinión, tanto en la capital del Imperio como en el resto de Francia. La amargura, la tristeza, la consternación eran generales. En sus *Recuerdos militares*, escribe el general Fezensac, refiriéndose á aquellos días: «Los relatos de los oficiales que escaparan á los desastres de la retirada contribuían á aumentar el espanto. París, acostumbrado desde hacía quince años á no oír sino cantos de victoria, se enteraba á cada momento con dolorosa sorpresa de los detalles de alguna nueva calamidad pública ó privada. Se concluyeron las diversiones del Carnaval y las familias se encerraron en sus hogares, apesadumbradas de lo presente é inquietas respecto á lo porvenir.» Napoleón, que no comprendía, á causa de no compartirlo, el universal sentimiento, creyó posible devolver su alegría á las almas, dando fiestas en las Tullerías. «Esto, agrega el general Fezensac, era tanto como insultar el público dolor y demostrar cruel insensibilidad. Me acordaré siempre de uno de aquellos bailes lúgubres, en que me imaginaba ver bailar sobre las tumbas.»

No experimentando el menor remordimiento por los infinitos males de que era autor, el Emperador no vaciló un instante. Resuelto á extraer la última gota de sangre de las venas y la última peseta del bolsillo de sus súbditos, procedió con rapidez y habilidad extraordinarias á preparar sus nuevos planes. Había llamado de antemano, como oportunamente dijimos, á los mozos inscritos para prestar el servicio militar en mil ochocientos trece, y desde el mes de Octubre anterior figuraban aquellos en los cuadros; esta medida le daba ciento cuarenta mil hombres. Disponía, además, de cien cohortes de guardias nacionales, en junto, cien mil hombres; legalmente, no podía utilizar esta fuerza sino dentro de Francia; pero el Senado iba á levantar semejante prohibición, á instancias del gobierno. Esperaba, en fin, encontrar en las orillas de Vístula y el Oder restos considerables del Gran Ejército, si bien en este punto sus cálculos eran ilusorios, como no ignoramos.

Recibiéronse malas nuevas de Alemania. Durante la expedición á Rusia, Macdonald se había quedado en la línea del Dwina: delante de Riga, con un cuerpo de observación, compuesto de polacos y prusianos. El general de estos últimos, York de Wartemburgo, patriota apasionado, militar adicto incondicionalmente al monarca, enemigo acérrimo de los franceses, se distinguía al propio tiempo como adversario irreconciliable de Stein y de Gneisenau, que, á su juicio, causaban gran daño al Estado y al ejército con su impaciencia y su espíritu innovador. Su odio á la «secta», que así se denominaba en la corte y en la milicia al partido de la guerra contra Francia, era la única manifestación de su carácter porque los franceses le conocían, y esta circunstancia le recomendó para mandar las tropas de su país, puestas á las órdenes del mariscal Macdonald. Los prusianos de York se habían batido denodadamente en Eckau, Dahlenkirchen y Bauske contra los



rusos, que se vieron obligados á desalojar la Curlandia y retirarse al otro lado del Dwina: en todas estas batallas había desmostrado York energía, desprecio á la muerte é inquebrantable tranquilidad. A pesar del leal comportamiento del general prusiano, los franceses experimentaron frecuentemente las consecuencias de su áspero carácter, que se calificaba de «acerado como hierro cortado.» El rudo guerrero no disimulaba cuán contra sus deseos y contra su voluntad estaba subordinado á los verdugos de su patria, desahogando sus bilis cuando tenía que quejarse de lo poco consideradas y de lo mal atendidas que eran sus valientes tropas. El mariscal Macdonald, hombre amable y cumplido caballero, no daba motivos de queja á los prusianos; pero la conducta antifrancesa de York pareció tan clara que, el veintisiete de Noviembre, le escribió injuriándole groseramente. Sin género de duda, el francés, cuya cortesía era proverbial, trataba con esta carta de obligar á York á dejar el mando. Las cosas, sin embargo, pasaron muy de otra manera.

El día diez del mismo mes de Noviembre, había sido nombrado gobernador de Riga el marqués de Paolucci, astuto italiano, que se propuso inducir al general York á rebelarse, enviándole como primer paso una misiva redactada en términos sumamente hábiles. York contestó que no conocía más interés que el de su rey y el de su patria, los cuales no comprometía «realizando un acto precipitado por su sola iniciativa.» Paolucci supo ya á qué atenerse, y comunicó lo que ocurría al emperador Alejandro, quien autorizóle para que, si York le interrogaba acerca de las ventajas que su rey sacaría de coaligarse con Rusia, le dijera que el Czar estaba dispuesto á firmar con él un tratado, obligándose á no depner las armas hasta procurar á Prusia un aumento de territorio que le permitiese ocupar, entre las potencias, el mismo lugar que ocupara antes de la guerra de mil ochocientos seis. Se facultaba á Paolucci para hacer esta promesa verbalmente ó por escrito, aunque teniendo cuidado de no ampliarla. Se entabló con este motivo una correspondencia muy cortés entre Paolucci y York, si bien éste, guiado por su excelente instinto, no obstante el deseo que tenía de separarse de los franceses y de hacer lo posible para mejorar la situación de su desdichada patria, negóse á firmar ningún tratado político, primero, por carecer de poderes para ello, y segundo porque no quería cerrar pacto alguno con Paolucci. Sin embargo, en el entretanto, iba participando al Rey cuanto pasaba é inquería noticias exactas acerca de la suerte que había cabido al Gran Ejército. El treinta de Noviembre mandó á Berlín á su ayudante, el capitán Schack, para dar cuenta detallada de la actitud de Macdonald, y el tres de Diciembre marchó á Wilna, por orden suya, el teniente Canitz, con el encargo de adquirir datos ciertos relativos á los expedicionarios franceses; en fin, el cinco del último mes citado, despachó á Berlín al mayor Seydlitz, el cual dice en su *Diario*, hablando de la misión que le había sido confiada: «York, firmemente convencido de que Napoleón, el día que firmase la paz con Rusia (lo que podía suceder de un momento á otro), sacrificaría en primer término y sin ningún escrúpulo á Prusia, en-

vió á Berlín al mayor Seydlitz, á fin de suplicar á S. M. que le manifestara sus resoluciones». El día ocho regresó Canitz de Wilna, refiriendo al general lo que allí había presenciado, que, por lo horrible, superaba á cuanto era dable concebir. En Berlín no se tenía conocimiento sino de las desavenencias surgidas entre York y Macdonald, y ya se preparaban á apoyar al segundo cuando, de pronto, se supo que Napoleón había pasado el día doce por Glogau, con dirección á Dresde. El hecho, que al principio se reputó increíble, fué confirmado á los pocos días por una carta que Napoleón escribió al rey Federico Guillermo, participándole que se encaminaba á París y añadiéndole que esperaba de su lealtad aumentase en treinta mil hombres las fuerzas auxiliares prusianas. Entonces, el gobierno de Berlín expidió á York una orden, de que fué portador el conde de Brandeburgo, dándole la razón contra Macdonald, aunque en punto á inteligencias internacionales se limitaba á deslizar las siguientes palabras: «Mi interés y el del Emperador de Francia, que están íntimamente enlazados». A Seydlitz se le retuvo unos días más en la corte y, al autorizarle para volver al campamento, no se le comunicó ninguna instrucción concreta, porque no revestían carácter de tal frases como éstas: «York no ha de excederse». «Napoleón es un gran genio y sabe siempre encontrar recursos». Al ardiente ruego que York le había dirigido, preguntándole cuál debía ser su conducta en caso de que siguiera adelante la ruina del poder francés, contestó simplemente el Monarca prusiano que obrara «según las circunstancias». Por tanto, ni se ordenaba al general mencionado que rompiera con los franceses, ni se le prohibía pasarse á los rusos. En su vista, York se decidió á proceder conforme su patriotismo le aconsejaba, arrojando él solo la responsabilidad del acto que iba á cometer; parece, sin embargo, que tenía algunas instrucciones secretas, las cuales, si bien no hubiesen sido bastantes á justificarle en público de haber tomado otro rumbo los acontecimientos, eran en cualquier caso más que suficientes para tranquilizar su conciencia. En su vista, el día veintinueve de Diciembre, estando en Taurogen, convino con el teniente coronel Clausewitz, procedente del cuartel general ruso de Diebitsch, celebrar al día siguiente una conferencia con este jefe militar, en el molino de Poscherun. Llamó, á continuación, á los oficiales de sus regimientos, y les dijo: «Señores, el ejército francés ha sido destruido por la mano vengadora de Dios. Ha sonado la hora de recobrar nuestra independencia uniéndonos al ejército ruso: el que piense como yo, el que quiera dar su vida por la patria y por la independencia, que me siga; el que no quiera, que se quede, en la seguridad de que, sea cual fuere el éxito de nuestra causa, no dejaré un momento de honrar y respetar al que no participe de mi opinión y permanezca en su puesto. Si nuestra empresa sale bien, quizás el rey me perdone el paso que doy. Si sale mal, mi resolución me costará la vida; en este caso, ruego á mis amigos que amparen á mi mujer y á mis hijos». Los oficiales, conmovidos y entusiasmados, juraron no separarse de su general, empleando la fórmula: «Cada uno para todos y todos para cada uno».



En virtud de lo expuesto, el día treinta se firmó por York y el general Diebitsch el convenio de Tauroggen, cuyo carácter era puramente militar. A tenor de él los prusianos habían de ocupar el territorio de la costa curlandesa comprendido entre Memel y Tilsit, que se neutralizaba, así como el ejército de York hasta tanto que Federico Guillermo aceptase ó rechazara lo pactado. El animoso York escribió á su rey inmediatamente, participándole lo que había hecho y justificando en breves palabras su conducta. El general prusiano Massembach, que estaba en Tilsit al lado de Macdonald, con cinco batallones y dos escuadrones, se unió á sus compatriotas el día treinta y uno de Diciembre, previa orden de su jefe.

El mismo día recibió el mariscal Macdonald las cartas de despedida de los dos generales prusianos, las cuales le afectaron mucho y le movieron á salir de Tilsit, donde entró York el primero de Enero. Murat tuvo también que desalojar á Koenigsberg, con ocho ó diez mil combatientes y diez ó doce mil enfermos, retirándose á la línea del Vístula y, luego, á la del Wharta y á Posen. Con esto se vió libre de franceses todo el territorio de la antigua Prusia, excepto Dantzig, donde el general Rapp había reunido veinticinco mil hombres, que, en su mayoría, no tomaran parte en la campaña de Rusia. Otro cuerpo de ejército, casi igual en número, ocupaba á Berlin, de suerte que Napoleón venía á tener desde Dantzig hasta el Rhin, unos ochenta mil hombres, prescindiendo de sus aliados austriacos y sajones que se habían replegado sobre Varsovia y estaban á la expectativa. Murat, que, como dijimos, quedara al frente de los restos del Gran Ejército al ausentarse el Emperador, después de haberse trasladado á Posen entregó el mando á Eugenio, yéndose á Italia, so pretexto de necesitar defender su reino. Mientras tanto, los rusos habían pasado el Vístula y ocupado la antigua Prusia y Silesia, y York y Stein, dueños de Koenigsberg, organizaban y armaban nuevas fuerzas, sin esperar la autorización de su Rey, á quien consideraban imposibilitado de obrar libremente. Folletos, proclamas, cantos populares, difundidos rápidamente, llamaban á los pueblos á la insurrección. La idea de la unión alemana, de una unión federal, se propagaba desde el Niemen hasta el Rhin. El débil monarca de Prusia y aun su hábil ministro Hardenberg no sabían qué hacerse. Al enterarse del paso dado por York, Federico Guillermo se encontró en un verdadero compromiso. El mariscal Augereau, general en jefe de las tropas francesas acantonadas en Berlin y Spandau, estaba, sin duda, autorizado para apoderarse de la persona del Monarca y llevarlo á Francia á la menor sospecha que concibiese de su fidelidad. Expuesto de continuo á este acto de violencia, Federico Guillermo recurrió á la astucia y al disimulo para salvarse. Así, en tanto que su corazón rebotaba de júbilo por la conducta de York, exteriormente hubo de manifestar gran consternación y cólera: escribió á Murat, diciéndole que desaprobaba el convenio de Tauroggen y que daba orden de destituir á York y de reducirlo á prisión, y se decidió á mandar á París al antiguo ministro Hatzfeld, que

siempre había sido partidario de la alianza francesa, con el encargo de proponer á Napoleón que «la corte de Prusia se trasladaría de Berlin á Breslau, debiendo ser neutralizada Silesia; que el ejército prusiano se elevaría á ciento veinte mil hombres, previo el pago, por parte de Francia, de cuarenta y seis millones, que Federico Guillermo suponía restaban á su favor, descontada la antigua deuda de Prusia á Francia, y que, satisfecha ya esta deuda, los franceses evacuarían las plazas fuertes que aún guarnecían en el Oder. Si estas proposiciones se aceptaban, Prusia permanecería fiel á la alianza con Francia. Pero, al propio tiempo, hacía decir el rey Federico al emperador Alejandro que aprobaba el convenio de Tauroggen, aunque no le era posible declararlo públicamente ni sancionarlo de un modo formal, agregándole que, si ordenaba á sus tropas avanzar sobre el Oder, estaba dispuesto á firmar con él una alianza ofensiva y defensiva contra Francia. En fin, por otra parte, quería el indeciso monarca entenderse con Austria para negociar una paz ventajosa, que le evitase los peligros de una coalición contra el aun temido vencedor de Jena.

Austria había ya practicado algunas gestiones con Prusia, á fin de inclinarla á una solución por el estilo. El emperador Francisco y Metternich tenían ideas muy bien meditadas acerca de las cuestiones que planteara el desastroso término de la campaña de Rusia. Su egoísmo les sugería miras razonables, inclinándolos á la mediación armada para sentar bases de paz que todos admitieran, y andaban á tal fin en tratos secretos con los príncipes alemanes. Tampoco ellos estaban exentos de temores con respecto á Napoleón, y si aspiraban á devolver á Alemania su independencia, no pretendían arrebatar á Francia ningún territorio que tuviese interés en conservar. Animada de estos propósitos conciliadores, la corte de Viena envió á París como negociador al señor de Bubna.

Muy distintos de los que su suegro hubiese deseado eran los sentimientos de Napoleón, el cual no pensaba sino en mantenerse en las posiciones militares que todavía ocupaba en las orillas del Vístula, el Oder y el Elba, y en apresurar la organización de otro poderoso ejército, para ir á defenderlas. A este fin, disponía armamentos sobre armamentos, llamando cien mil hombres de las cuatro quintas de mil ochocientos nueve á mil ochocientos doce y pidiendo la de mil ochocientos catorce, con los que, y los reclutas de mil ochocientos trece y la guardia nacional, se proponía reunir un contingente de quinientos mil soldados.

En los primeros días de Enero de mil ochocientos trece, Napoleón convocó en las Tullerías á los principales miembros de su gobierno, para discutir si sería preferible tratar directamente con Rusia ó pedir la intervención diplomática de Austria; la mayoría se decidió por el segundo partido, que era seguramente el mejor, á condición, empero, de estar resuelto el Emperador á hacer los sacrificios necesarios. Mas lejos de ser así, Napoleón escribió á su suegro declarando que no consentiría se segregasen del Imperio los territorios incorporados á él por medio de senado consultos, ó lo que es lo mismo, que